

Vigesimooctava Conferencia 28 de febrero de 1917.



George Groddeck
Biblioteca de Psicología Profunda.
Editorial Paidós. 1983.

La última vez intenté exponer las relaciones entre los procesos del amor y los estados humanos en general; desde este punto de vista puede ser comprensible que las enfermedades dependan más o menos de ello. Hoy quiero examinar otro tema más importante que las enfermedades, para las que parecen necesitarse muchísimos conocimientos anatómicos. También para los oyentes es más importante ese otro aspecto: la relación que existe entre el enfermo y el médico, relación sin duda decisiva para la cura. No debe suponerse que todos los médicos deben haber aprobado los exámenes que instituye el Estado y ser autorizados por éste. Son muchos los médicos que no estudiaron, ni siquiera tienen conocimientos de anatomía; no saben dónde quedan el hígado y el bazo. Esto no representa un obstáculo ni les quita la posibilidad de ser médicos. Considero al pastor Kneipp como uno de los médicos más importantes, no por su doctrina, que es vieja, como tampoco por sus opiniones, que no son verdaderas, sino por su manera de abordar a los enfermos y por su personalidad. En la relación entre el médico y el enfermo no siempre es decisiva la persona de aquél. En los comienzos de mis estudios, un colega ya mayor me dijo cierta vez: “cada médico tiene su público, y cada enfermo da con su médico determinado”. Es exacto. Ni siquiera se necesita ser médico; se puede tratar de una comadrona, de un pastor, de un cura, de un amigo, de una mujer. En ciertas circunstancias, todos pueden actuar de una manera saludable, no sólo psíquicamente y por consuelo, sino también para indicar remedios. Si se encuentran en una relación determinada con el enfermo, en algunas circunstancias pueden curar por el hecho de administrar cada hora una cuchara de agua o cualquier otra cosa.

Es muy conocido el hecho de que muchas cosas que un cirujano no logra realizar, otro las logra, y que hay curas por la plegaria y la sugestión, y curas mediante el masaje y pequeñas descargas de electricidad. No depende de la manera como se lo hace, sino de la manera en que cobra forma la relación entre el tratado y el que trata. Cuando se considera un poco más de cerca esa relación, el primer pensamiento que surge es el de que el enfermo quiere algo del que lo trata: quiere recibir ayuda. Reflexionando en ello se llega entonces a la pregunta: “¿en qué condiciones necesita un ser humano recibir ayuda?” La respuesta es clara: “cuando no puede ayudarse solo, cuando está desvalido”. Ocurre sobre todo con el niño, con el lactante. Es verosímil que un enfermo, sin que importe, por lo demás, qué le falta, debe buscar en quien lo trata las cualidades de las personas que fueron las primeras en cuidarlo y atenderlo, lo cual indica con toda claridad que la persona que él debe encontrar en el médico es la madre. Y estaría bien, siempre que se pudieran incluir en el examen las cualidades maternas en lugar de examinar si el candidato posee tal o cual conocimiento sobre las enfermedades de la piel o la neumonía. Pero el examen tampoco sería suficiente, aun cuando no causaría daño. En todo ser humano hay un pedazo de madre. Si ese pedazo es demasiado pequeño, la persona en cuestión no será aceptada. Hasta cierto punto, todos poseen las cualidades maternas generales. Pero a ello se añaden otras especiales, que traen el recuerdo de la madre y de la infancia; si estas cualidades están ahí, constituyen el fundamento decisivo para el restablecimiento y el éxito: la madre.

Lo mismo ocurre con respecto al padre. Es de desear que el médico tenga, además de las cualidades maternas, cualidades paternas, es decir, que pueda impartir órdenes y posea una autoridad mayor que la de la madre. En fin de cuentas, la madre está más o menos bajo la dominación del hijo, quien, con sus gritos,

se apodera de ella. La madre lo consuela; el padre no se deja embaucar. Si grita, la madre corre a desfajarlo y a darle el pecho, lo cual proporciona a ésta placer y despierta en el niño la noción de que, con gritos, a la madre se le impone cualquier cosa. No es del todo el caso del padre, porque lo que aquí entra en línea de cuentas es el hecho de guiar, de ordenar: la seguridad y la fuerza. Y además hay otras cosas que vienen a sumarse y que son tan deseables como indispensables; se trata de las cualidades personales del enfermo, que le son caras. Si el médico en cuestión se adapta a los rasgos de carácter y a las fantasías del enfermo; si es capaz de descubrir detrás de las palabras y las quejas lo que el enfermo quiere, entonces todo anda bien. Si no ocurre así, entonces se pasa prácticamente de la primera consulta a la separación, y todo queda liquidado. Una intimidación puede resultar para el enfermo tan saludable como el hecho de prestarse a sus puntos de vista. Es complicadísimo. No se trata tan sólo de la relación con el médico, sino además de nociones humanas generales, de la relación entre el superior y el subordinado, entre el amigo y el amigo, entre el hombre y la mujer, etcétera, a todo lo cual se añaden los hermanos y las hermanas, los hombres y las mujeres que se ocuparon del niño, y la nodriza, pues si la hubo, es tan importante como la madre para las pulsiones del enfermo que posteriormente buscan apoyo. De un modo general, haber tenido una nodriza no es una dicha, porque ésta pone al niño en la posición híbrida de tener que elegir permanentemente entre la madre o ella. Esta elección es el fundamento de un carácter inestable, de un carácter que vacila constantemente. Hay muchos individuos que carecen de capacidad de resolución, que dudan y se preguntan si deben caminar por la derecha o por la izquierda. Esta manía de la duda permite a menudo establecer que han sido criados por una nodriza, o que han vivido disputas entre los padres. Subsiste como un rasgo de carácter y a esto se le agrega algo curioso: se podría creer que las personas que tienen este rasgo abrazan una profesión que debe protegerlas, pero ocurre que frecuentemente eligen una profesión que las impulsa a la decisión, que les impone una decisión: suelen ser jueces. Abrazan una profesión que las fuerza a formular un juicio. Mientras que por una parte no están en condiciones de decidir en cuál silla de las dos que tienen por delante deben sentarse, por la otra reúnen los requisitos necesarios para decidir correctamente acerca de la vida y la muerte de un ser humano. Esto arroja luz sobre los rodeos que necesitan los individuos humanos para protegerse de un daño. Lo más falso que se podría hacer sería arrancarlos de su profesión, por mucho que estimen que sin ésta todo andaría mejor. También yo, en cierta medida, sufro esta manía de dudar; mi modo de andar tiene que ver con ella. Las cosas pequeñas de la vida diaria son para mí más difíciles y penosas de resolver que una gran decisión, que puedo tomar a sangre fría. Cuando he tomado una pequeña decisión, me atengo a ella, aun cuando lo lamente y piense quizá que mejor habría hecho en ir hacia el viejo castillo ante que hacia Neuweier; pero si realmente hubiera tomado este otro camino, las mismas dudas habrían aparecido después. Ahora bien, la manía de dudar que incomoda todas las pequeñas acciones, desaparece tan pronto como debo adoptar una decisión en mi profesión porque, dicho sea todo de paso, ésta proporciona un punto de apoyo.

Vuelvo a mi tema, a la relación entre enfermo y médico. En este caso intervienen padre, madre y nodriza, así como el hermano mayor cuando la diferencia de edad es muy grande y el hermano representa al padre, o si es que en lugar de éste hay un tío. También están los hermanos y las hermanas, el personal de servicio y, en primer término, desde luego, la personalidad propia del enfermo. Es necesario que entre él y el médico haya una armonía de la fantasía, una armonía de dirección con el ello. Un individuo con fuertes tendencias homosexuales no puede influir de manera saludable en alguien que ha rechazado al último plano esas tendencias. Por lo general el médico tiene más influencia en la mujer enferma, y la médica en el hombre enfermo. Cierto es que existen proporcionalmente pocas médicas, pero de todos modos esto se manifiesta con toda claridad en las enfermeras, cuya relación con la mujer enferma no es, de lejos, tan buena como con el hombre enfermo. Sobre estas bases llegamos, así, a lo que es útil para el tratamiento. Cuanto más pueda el médico proporcionar ese tipo de ayuda propio de las personas con autoridad y de los compañeros de juego, más elementos habrá en él del propio yo del enfermo y mejor podrá auxiliarlo. El talento del médico no es puramente científico ni responde exclusivamente a la razón, sino que reside en la amplitud de su humanidad. Cuanto más vasta es su personalidad, mayor es el número de seres humanos que puede representar y mejor podrá ayudar. Debe poder asumir, como un actor, los diferentes papeles, y esto debe ser innato en él, debe estar dirigido por fuerzas interiores; y poseer cierta delicadeza de sentimientos. Debe saber: este enfermo tiene una madre que le prodigaba mil sonrisas de amor, y también él debe sonreír, o tenía un padre pletórico

de fuerza. Con fuerza, pues, debe enfrentar al enfermo. Es asunto de tacto; no se lo puede aprender. Un examen oficial aprobado de ningún modo asegura que se pueda comprender a un enfermo, y un examen no aprobado no prueba que uno no sea buen médico. Por eso, pues, hay que poner un gran signo de interrogación sobre el problema del charlatanismo. El charlatán no tendría clientela si no hubiera curado ya a más de una persona. A menudo hay en el color, en el pote o en el nombre del medicamento algo que llama la atención del enfermo. Durante milenios no existió la casta de los médicos, y nada permite suponer que la humanidad que nos ha precedido haya sido estúpida, que todos los seres que antaño eran médicos sólo eran charlatanes y palurdos. El mejor y primer médico que hubo fue, sin duda, una madre. Y es el primero que pudo haber, y ella está calificada para serlo salvo que se quiera considerar el caso de la abuela, porque también ha tenido hijos y conoce los sufrimientos. Y esto hace que debamos tener en cuenta a toda una serie de personas sobre la cual puede apoyarse la relación entre enfermo y médico. Hay otras personas susceptibles de intervenir: los maestros, los médicos anteriores, el hombre que procedió a la confirmación, es decir, el eclesiástico, etcétera, y a ellos se suman profesores universitarios y directores de pensionado; en una palabra, personas que ejercen influencia durante la infancia y la adolescencia, y también, por supuesto, la mujer o el marido. Todas esas personas con las que cabe identificar al médico, sugieren naturalmente esto: así como en esos individuos se pueden representar tantas personas y ayudas que fueron útiles en la vida, así también, por el contrario, pueden concentrarse en ellos individuos perjudiciales. Y esta idea no es inexacta; es el segundo punto que concurre a formar la relación. De este modo se vincula al médico con personas que ayudan al enfermo, pero también con otras que le fueron dañinas. Es entonces cuando se suele pensar: este médico no comprende nada; es tonto, brutal y feo. En este instante se corta la relación, aunque posteriormente se la pueda reanudar. A partir de ese momento se podrá comprobar una agravación, una recaída en un estado que ya había sido superado. Alguna vez las cosas pueden presentarse torcidamente, y un instante de aversión por el médico puede llevar a la muerte, o a una repentina y grave hemorragia irreparable, o a una caída: tal vez alguien desea acompañar al médico hasta la puerta, y se rompe una pierna.

Esos ejemplos sirven para hacer comprender cómo pueden actuar estas cosas. Es esa doble relación, de la identificación del terapeuta con personas agradables y con personas desagradables, lo que constituye el proceso del tratamiento, que conduce al restablecimiento o a la agravación, o a una condición inaccesible a toda influencia y que permanece en un mismo nivel. Lo que al enfermo le resulta desagradable es lo más importante para el terapeuta, cuya atención debe dirigirse principalmente a descubrirlo y evitarlo. Pero también es necesario que el enfermo sepa qué incómodo es que compare a quien lo ayuda con alguien que alguna vez lo atormentó, le causó daño. Que precisamente puede ser la misma persona.

En el médico puede estar la madre; pero durante algunos días el médico es únicamente la madre agradable, la que cuida. Súbitamente surge el recuerdo de que era injusta o de que una vez mintió, algo que no armonizaba con su bienestar, y entonces tal afecto puede ser transferido al terapeuta. También puede hallarse en un estado de ánimo en que le resulta desagradable que haya alguien que muestre el mismo rasgo de carácter que él. Odia ese rasgo, y surge entonces una nueva causa de trastorno. No puedo entrar en detalles; hay que retener la característica de innumerables personas del pasado que ahora se encuentra en el doctor. Es esencial que el enfermo se dé cuenta de qué cualidades se trata, es decir, si se trata de los pies, de las manos, del olor, de los movimientos de la mano o de la manera de hablar. Todo esto no es gratuito, es significativo y le permite al enfermo mejorar, siempre que se dé cuenta de las personas que se encuentran en su médico.

Entre todas esas cosas, sólo quiero insistir en los médicos anteriores, que son de suma importancia para el enfermo. Esto puede ser favorable o desfavorable. Si alguien ha sido bien cuidado y se lo ha tratado bien en su infancia, entonces tendrá buenos sentimientos para con todos los doctores y venerará en el médico a un ser superior. Es así; de lo contrario resulta fastidioso. Con el recuerdo que el niño conserva del médico se vinculan casi siempre dolores de otro tiempo; la mayoría de las veces debía permanecer en cama, y esto lo relaciona con recuerdos desagradables, a lo cual se añade, además, la circunstancia de que suele muchas veces utilizarse al médico como cuco de la familia. Esto ocurre casi invariablemente con el dentista, pero también con el médico. Si se queja, primero se le dice que se quede tranquilo, luego se le dice que va a

venir el doctor y le recetará alguna cosa amarga. Se lo utiliza como medio de intimidación, lo mismo que el hombre de la bolsa o el padre. Otras cosas vienen a añadirse.

Uno de los males más frecuentes del niño son los dolores de garganta. Nadie encuentra agradable que le miren dentro de la boca, ni siquiera que le miren la boca. Pero peor es aun cuando le introducen una cuchara, cuando hay que abrir la boca y decir “a”, lo que a menudo suele ir acompañado por deseos de vomitar. Está en relación con las ideas de embarazo, con el papel que desempeña en ellas el hecho de tragar. Es un hombre el que mete una cuchara en la boca, o que hurga con un dedo o con un pequeño hisopo; algo desagradable, que no se olvida. Pero hay más cosas, como la prescripción de enemas o de supositorios, ciertas manipulaciones que el niño no conoce. Le sajan un panadizo, o le tocan un punto que le duele; en una palabra, se acumula un sinfín de cosas. Acaso sucede también que el muchacho tenga las piernas torcidas, o que la niña se encorve, o que el médico prohíba la comida o los dulces, o que recete aceite de hígado de bacalao, o que envíe los niños a la cama, o que los mande afuera cuando a ellos les gustaría quedarse adentro, etcétera. Estas cosas se aclaran de diferentes maneras porque en algunas circunstancias es forzoso presentarse ante los niños como educador, hacerles comprender, si son traviesos, que tienen que quedarse tranquilos, que no deben molestar a la madre, que no deben saltarle sobre las rodillas. O, en los años de autosatisfacción, se le dice: “si no dejabas de jugar con la cosita, vamos a llamar al doctor”.

Todos podemos traer fácilmente a la memoria los recuerdos agradables que se relacionan con el doctor. Es el período de la convalecencia, cuando el niño no tiene que ir a la escuela, o puede quedarse en cama: la gran alegría que se siente por gobernar así a padres, hermanos y hermanas, Todo esto influye posteriormente en los éxitos y fracasos del médico. Pero tal vez lo más importante no sea acaso la relación buena entre enfermo y médico, sino la mala. Los factores que desencadenan las resistencias son más importantes, porque en rigor no es el médico quien cura, sino la naturaleza. Cuando el propio médico representa un obstáculo, no hay mejorías reales; por el contrario, se hace todo cada vez más complicado. Se trata de descubrir los obstáculos, y entonces es cuando intervienen otras cosas, en un momento más tardío de la infancia; antes que nada, el hecho de que el doctor es una persona que excita los celos de los niños. Tan amo de la casa es cuando se lo llama, que toda la casa se inclina ante él, y él no se preocupa por la opinión del padre y la madre -hay que hacer lo que él quiere-, como tampoco por los niños cuando están sanos más que cuando están enfermos, a todo lo cual se agrega algo que es presuntamente lo más importante que hay en la vida médica: los exámenes. Uno se figura que el examen es lo más importante, que cuanto más a fondo va, en mejores manos se encuentra el enfermo. Progresivamente me he convencido de que no se trata de algo tan inofensivo. Hay que saber hasta dónde se puede llegar con un examen. Comenzar por la cabeza y terminar por los dedos de los pies, para que todo quede bien examinado, es justamente lo que no hay que hacer, porque es una tontería. En resumidas cuentas, más vale no examinar en absoluto antes que examinar demasiado, pues esto no responde a lo que predica la ciencia; responde a la necesidad del enfermo. Cuando alguna vez se ha examinado a fondo a alguien, éste espera el mismo examen por parte del médico siguiente, quien, si no lo hace, no comprende nada de nada. Si se lo ha examinado completamente desnudo, y si el médico siguiente se limita a tomarle el pulso, o simplemente le mira la garganta, entonces en verdad sólo es un médico muy poco cuidadoso. Y no se lo toma en cuenta.

Se podría examinar a todo el mundo, pero los seres importantes no son examinables sin que sufran algún perjuicio. En nuestros días, a nadie le resulta agradable hacerse examinar. El enfermo ingenuo no tiene más que una sola necesidad: “me tienen que ayudar”. Comprende que la parte enferma debe ser examinada y palpada, pero lo que no puede entender, sobre todo si es un niño, es por qué hay que examinar la espalda cuando lo que le duele es el hombro. No comprende por qué debe desvestirse: siente vergüenza delante de ese hombro extraño, que le resulta desagradable. Esto perdura. Todo ser humano, y el niño por consiguiente, está atento a su propio cuerpo. Los niños se observan a sí mismos con suma atención; conocen hasta el menor botoncito, hasta el mínimo defecto. No les resulta agradable, o no les gusta, tener los pies o el cuello sucios. No le agrada que se diga que ha vomitado, y el aspecto que tenía, y tampoco mostrar la lengua. Lo hace cuando es un maleducado, pero ahora debe hacerlo delante de un señor, delante de una persona con autoridad, y no puede. No querría entrar en detalles, sino tan sólo señalar algo más; me refiero a los

exámenes embarazosos. Tienen más alcance que lo que se cree, y de este modo me veo en la obligación de asomarme a un campo oscuro que no puedo soslayar. El médico no es simplemente doctor; también es un ser humano. Esto se pone de manifiesto en sus exámenes y en lo que éstos provocan. No me siento a salvo de nada, sea lo que fuere, y no querría formularle reproche alguno a nadie.

Sólo verifico cosas que son inevitables, pero que tienen un gran efecto. Un hombre que tiene ante sí a un ser completamente desnudo, sea hombre o mujer, y que lo examina, no puede hacer otra cosa que excitarse. Habrá quien diga que no es así; tal vez lo diga de buena fe, pero no es exacto. El espectáculo de un individuo siempre excita y no puede ser de otro modo. Ya me he referido a este punto al hablar de la relación entre padres e hijos y entre hermanos y hermanas; lo mismo ocurre con respecto al médico y a la persona que éste examina. Desde luego, un médico puede llegar a hastiarse de tanto examen, de manera que, en este caso, la excitación es mínima y no llega a la conciencia, no se manifiesta. Pero los estudiantes que se hallan por primera vez ante el espectáculo de una persona desnuda pueden dar testimonio del efecto y lo que cuenta aun más es cómo se siente el examinado. Puede ser que a un chiquillo o a una niña no les importe un ardite mostrarse con el torso desnudo ante el médico de la familia; pero si es la primera vez que deben desvestirse y dejarse examinar se sienten incómodos. Aún tratándose del médico de la familia llega un momento en que a la persona ya no le cae bien que la examinen. Es el momento en que despierta el sentimiento sexual, en que el niño observa las modificaciones corporales que se producen en él, en que crecen los pelos pubianos, en que los pechos se desarrollan, etcétera. A partir de ese momento, el examen es muy delicado para los niños, y se recomienda la mayor prudencia. Es posible examinarlo sin que se sienta herido, pero casi nunca ocurre así. Cuanto más sensible es la persona que debe ser examinada, menos favorablemente actúa el examen. Claro está que lo que primero acude a la mente es la relación entre la enferma y el médico, pero otro tanto ocurre con el varón enfermo. En el caso de los reclutamientos militares, una verdadera multitud de individuos se mantienen completamente desnudos; pasa rápido, pero deben exponerse a las miradas de mucha gente, o bien, si están solos, a las del médico y mostrar todo lo feo que hay en ellos. Cuando un individuo se desviste tiene la sensación de que le ven no sólo los defectos exteriores sino también los interiores. Cuando a un niño de trece años le auscultan el pecho, tal vez le pasa por la cabeza la idea de que el doctor oye algo de lo cual extrae conclusiones: reconoce lo que pasa en mí, las veces que he hecho esto o aquello. Durante la pubertad, entre los trece y los dieciséis, el médico es una personalidad temida, porque el muchacho o la chiquilla suponen que puede adivinar: “qué pasa realmente en mí, cuál es mi estado de ánimo; a todos los demás puedo engañarlos, pero éste ha estudiado y debe de saberlo, y observa señales que le permiten juzgar mis acciones”. Es sobreestimar la profesión: nuestros conocimientos no son tantos. Con respecto a las conclusiones que el médico puede sacar, todos pueden hacerlo si prestan atención. El médico puede equivocarse o dar justo en la tecla. Son cosas que provocan heridas y lesiones en el alma, las que después influyen sobre las enfermedades y los médicos. En el caso de las chicas es mucho más claro. Una vez más tengo que destacar algo que he dicho: considero que no es bueno examinar permanentemente y en toda circunstancia. Es regla en la ciencia médica que a quien tose se le examine el torso desnudo. Está justificado, pero el asunto presenta una molestia que ya he sugerido: al individuo humano, al niño, no le cae bien que una persona extraña lo vea, que contemple secretos que a él mismo le parecen milagros, que lo angustien y lo exciten y lo hundan en el desconcierto; ser palpado, auscultado y percutido por una persona extraña le resulta muy vergonzoso. Y no es todo, pues a ello se suma el hecho de que en la niña, y también en el muchacho, se desencadena una excitación. En la niña, la excitación parece completamente natural, pero en el muchacho se manifiesta de muy diferente manera; también él es varón, y las influencias homosexuales se hacen sentir; generalmente es en esta época cuando se libra con mayor intensidad el combate contra este pensamiento, y de ahí procederán estados de ánimo que no obrarán en favor del médico que pueda alguna vez tratarlo.

No es fácil soslayar estas circunstancias en la práctica. El examen no tiene por qué ser siempre desagradable; a algunas personas les gusta y sienten el deseo de que se las examine. No se incomodan; no les resulta humillante: necesitan el examen para la estabilidad de su vida. Pero hay otras que se enferman para que se las pueda examinar. La mayor parte de nuestras rentas, de nuestra subsistencia, la obtenemos de personas que quieren hacerse examinar por nosotros, que desean comunicarnos sus más íntimos secretos.

El médico no tiene sexo; por consiguiente es posible que muchos deseos muy secretos del enfermo no compartidos ni con el cónyuge, sean susceptibles de ser satisfechos con el doctor. El mundo supone que el médico no es un hombre; con él, pues puede uno decirlo todo, hacerlo todo, como con nadie más se lo podría hacer. Es inconcebible que una muchachita se deje tocar ciertas partes por alguien: eso no se hace. Pero en algunas circunstancias se ve forzada por su propia madre a dejarse examinar por un médico, y a veces éste hasta le introduce un dedo en la vagina, lo cual más adelante no le permitirá siquiera a su marido. ¿Y hay que hacerlo de golpe y porrazo, sin acarrear consecuencias? Pues bien: o bien la chica se gana un susto para toda la vida, o bien se establece un impulso con el propósito de procurarse nuevamente ese goce. Pero, es absolutamente inconcebible que ello no tenga consecuencias. Y lo mismo sucede con otras cosas. Ya he prestado atención a la particularidad de que a los pequeñuelos les gusta mostrarse desnudos, les gusta correr desnudos. A esta pulsión, que hasta cierto punto subsiste en todos los seres, sólo pueden darle libre curso delante del médico. O bien se proporcionan el goce, o bien lo encuentran abominable. A muchos enfermos les parece necesario que se los interrogue a diario sobre sus deposiciones, y hay otros a los que esta pregunta les entra por una oreja y les sale por la otra: no quieren oírla; les causa miedo, y no quieren que se les formule. En el médico debe necesariamente existir este sentimiento: “¿puedo preguntarlo?, ¿debo preguntarlo?, ¿es necesario que lo pregunte?” De una manera general, hay que suponer que en nuestra sociedad la mojigatería se ha desarrollado con mucho mayor vigor que lo contrario. Acaso sea excesiva, de lo que derivan grandes dificultades. Siempre será mejor que se la practique apenas, porque uno no puede simplemente suponer: “esto debe hacerse; no puede causar perjuicio”. Hay que reflexionar: “¿acaso puede hacerse?” Cabe suponer, efectivamente, que cuanto mayor sea el número de manos por las que ha pasado un hombre, más lesiones se han producido en él.

Volver a Publicaciones Georg Groddeck

Volver a Newsletter 17-ex-43